

Los caminos del Cemanáhuac: conversaciones con Eduardo Corona Sánchez

En el mes de julio de 2014 sostuvimos una serie de conversaciones con el etnohistoriador Eduardo Corona Sánchez (Tenancingo, Estado de México, 1944), en las que abundó sobre sus reflexiones en torno a la vinculación de las distintas sociedades mesoamericanas a través de sus caminos. A continuación presentamos un registro de estas reflexiones. Al final incluimos una bibliografía que Eduardo Corona preparó en torno a las fuentes de estas reflexiones.

Las formaciones sociales que integraban lo que hoy llamamos Mesoamérica se desarrollaron en regiones con ecosistemas diversos, pertenecían a grupos humanos distintos y tenían culturas diferentes. Sin embargo, contaban con rasgos socioeconómicos y culturales comunes, los cuales es posible advertir si se hace un análisis etnohistórico de las *Relaciones geográficas* redactadas por orden de Felipe II para conocer y explotar de manera sistemática el área conquistada. Esta relación incluye mapas donde figuran caminos y vías de comunicación: caminos que resultaron fundamentales para la definición de Mesoamérica como área y para establecer su relación con otras áreas del continente. De este modo, al enlazar entre sí estas formaciones, los caminos coadyuvaron a su “homotaxialidad”, como expresión histórica de un mismo modo de producción que he llamado “americano” y es distinto a los que se desarrollaron en Asia, el Mediterráneo y Europa.

Nuestra premisa es la diferencia entre los ecosistemas que esta área abarcaba, una diferencia que permitió a estas formaciones intercambiar recursos necesarios que lograron la ampliación y la diversificación de sus fuerzas productivas. A su vez, este desarrollo llevó a la convalidación simbólica de sus estamentos dominantes. Vale la pena revisar el cuadro de tiempos y espacios que Román Piña Chan publicó en 1984 con el título “Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino”, así como la obra de Paul Kichhoff sobre la disolución de las sociedades clánicas.

Esa integración de regiones y áreas se tradujo en la movilidad geográfica de diferentes grupos sociales, incluyendo un sistema de migraciones y colonias, así como empresas de conquista militar insertadas en un sistema político tributario.

Las diferentes corrientes humanas que poblaron América no sólo presentaban tipos físicos distintivos, sino también formas de organización social clánica diferente. A su vez, esto dio lugar a dos modos de producción diferentes: el primero, igualitario, correspondía a la comunidad primitiva universal, y el segundo, cónico, conllevaba fórmulas de sociedad civil y originó el modo de producción americano.

Más que el ecosistema donde cada formación se asentó, lo que determinó sus formas de desarrollo fue su tipo de organización clánica. Así, los clanes igualitarios de cazadores-recolectores recorrían cíclicamente territorios con diversos recursos para reproducir su ciclo de vida, siguien-



La presencia militar teotihuacana en Tikal, estela 31
Fotografías Jorge Sevilla, Dirección de Etnohistoria, 2014

do las rutas de las manadas animales. En cambio, los clanes organizados con una estructura cónica obtenían por medio de la agricultura los recursos no sólo para su subsistencia, sino también un excedente que destinaban a usos diferenciados de tipo social, económico, político y ritual.

Como explicó Morris Swadesh en su artículo de 1980 "Estudios sobre lengua y cultura", las migraciones poblacionales corresponden también a la movilidad y desplazamiento de diferentes familias étno-lingüísticas, divididas a su vez en diferentes lenguas y dialectos que se fueron distribuyendo en los distintos ecosistemas del continente.

Al establecerse una relación entre los distintos grupos clánicos de estructura social cónica, y por medio de ésta de las diferentes regiones y ecosistemas de Mesoamérica, surgió una división del trabajo común, ya fuera de competencia o de colaboración. El hecho de que las fórmulas de producción se fueran contagiando de una sociedad a otra a lo largo de los caminos significó la integración histórica de estos grupos no sólo a un área cul-

tural, sino también a un mismo modo de producción, el americano, del cual son parte y producto. Por cierto, esta interacción social, que puso en contacto ecosistemas distintos, tuvo un resultado botánico, pues llevó al desarrollo de decenas de especies híbridas de plantas cultivadas, como lo registró Piña Chan.

Este avance de las fuerzas productivas mediante complejos sistemas agrícolas se reflejó en nuevas formas de gobierno y de dirección del trabajo, a través de linajes que se apropiaban de los excedentes, incluyendo la fuerza de trabajo y la producción comunal, y que Kirchhoff llamó *aristoi*.

Podemos distinguir las fórmulas sociales de producción que definen las diferentes corrientes macrolingüísticas, como la macrootomange, la macromaya o la yutonahua, entre otras. Cada grupo fue responsable de distintos alcances en cuanto al desarrollo o evolución continental, como la domesticación del maíz, que Bruce Benz adjudica a los macrootomange, el trabajo de la cerámica por los mixe o el desarrollo de la arquitectura entre los zapotecas: diferentes fórmulas productivas que, sin embargo, se articulaban con base en las movilizaciones de su población.

No debemos olvidar que también se trataba de fórmulas de producción asociadas con una cosmogonía que atribuía a la naturaleza, como materia prima, un carácter sagrado y la relacionaba con los dioses o *de-ma*, como los llamó Adolf E. Jensen. Estas fuerzas conferían significación sagrada a ciertos lugares, con lo que se constituyeron centros ceremoniales que validaron el poder de un linaje, el cual ostentaba los conocimientos astrológicos y de cómputo necesarios para la reproducción del culto sobre la comunidad. En ese contexto se dieron situaciones de complementariedad productiva, pero también luchas por el control de diferentes territorios, traducidas en caminos de acceso a recursos controlados por diferentes formaciones sociales estatales.

La ampliación de la mano de obra exigió un sistema tributario de apropiación de la fuerza de trabajo tributario, que a su vez permitió el acceso a recursos diversificados y llevó a que las formaciones sociales dominantes trataran de controlar las rutas de intercambio, en busca de cierta soberanía étnica sobre sus recursos más que sobre su territorio en sí.

Los olmecas constituyen un ejemplo de los avances asociados con estructuras políticas de linaje que al parecer corresponden a la disolución del sistema de rango parental cónico y su paso hacia una formación clasista y estatal.

Al parecer este desarrollo resultó de la presencia en Mesoamérica de un grupo mixe zoque de probable origen sudamericano, el cual se introdujo por el Pacífico, en la región del Soconusco, desde donde se desplazó hacia la costa del Golfo. Un indicio que apunta en esa dirección son los entierros de Monte Negro, que presentan índices corporales, deformaciones cefálicas y trepanaciones, registradas por el antropólogo físico Javier Romero, y que son distintas a los de la población mesoamericana. Tal mestizaje se expresó en tradiciones iconográficas, ceremoniales y de litoescritura, y en especies animales mesoamericanas como la pantera, el cocodrilo y el jaguar, que se consideraban ancestros míticos de los grupos *aristoi*. Esta transmisión de poder se plasmó en forma de rasgos felinos en los rostros de los gobernantes y sus descendientes, que mostraban labios mofletudos, nariz ancha y ojos rasgados, por los que se identificaban como descendientes del *dema* jaguar. Por eso Wigberto Jiménez Moreno los llamó *tenecelome* o “los de labios felinos”. Los linajes descendientes de los *dema* sudamericanos y mesoamericanos se articularon en un sincretismo de tradiciones culturales.

Los olmecas reprodujeron en Mesoamérica ese mismo tipo de expansión económica por medio de empresas de colonización en diversos territorios, sobre todo en busca de rutas de acceso a recursos minerales. Estas empresas, guerreras o políticas, dieron lugar a nuevas redes de ciudades, al vincular sitios como La Venta-San Lorenzo y Tres Zapotes (Tabasco y Veracruz) con San José Mogote y Monte Albán (Oaxaca), y tal vez a través de Izapa (Chiapas) hasta Guatemala. Esa red de caminos sirvió como base para la expansión de ideas, estilos, diseños o fórmulas de poder, pues en esos lugares se reproducían y convalidaban los linajes de los clanes cónicos que descendían del mítico jaguar humanizado. Como reflejo de esta unidad política y cosmogónica, una serie de fórmulas de arquitectura, escultura y cerámica de identidad olmeca se pueden identificar en regiones de la costa del Golfo, Oaxaca, Puebla, Yucatán, Chiapas, Guatemala, Guerrero, Morelos, la cuenca de México y Michoacán, entre otras. Así, lo que viajaba no sólo era el diseño inscrito en objetos, sino también fórmulas sociales, políticas y rituales asociadas con la legitimación de elites.

Teotihuacán

La investigación arqueológica plantea que fueron diferentes grupos sociales, tanto del Bajío como del sur



El señor K'awill Chann hijo de Huh Chamán K'ina de ascendencia política teotihuacana

de la cuenca de México, e incluso del área otomí, los que dieron origen a la ciudad-Estado de Teotihuacán. Su traza urbana se orienta hacia el norte magnético con una desviación de 12° al noreste. Este eje sirvió de referencia para el trazo reticular de avenidas y calles paralelas y transversales orientadas hacia los cuatro rumbos del universo, vinculados con los solsticios y equinoccios que definen los ciclos agrícolas, con base en una serie de dioses: Tláloc con el Este, la tierra y la siembra; Chalchiuhtlicue con el Norte, la lluvia y el barbecho; Quetzalcóatl con el Oeste, el viento y la cosecha, y probablemente Tezcatlipoca con el Sur, como expresión de instancias institucionales de la ciudad y del Estado.

Recientemente se ha aceptado el carácter militarista del Estado teotihuacano, así como el hecho de que su expansión se ligue con incursiones militares contra diferentes formaciones sociales o la colonización de distintas regiones de Mesoamérica, probablemente para obtener recursos y mercancías a través de relaciones tributarias o de intercambio. En ese sentido



Urna zapoteca de Cosijo, localizada en el barrio étnico oaxaqueño de Teotihuacán



Vaso pedestal de estilo costa del golfo localizado en el barrio de comerciantes de Teotihuacán

son evidentes los barrios teotihuacanas de Monte Albán, al parecer unidos con la explotación de la mica. Sin embargo, la importancia de los valles de Oaxaca no sólo estribaba en sus recursos naturales, en particular de origen mineral, sino también en su función de paso o tránsito hacia regiones de Chiapas, Guatemala y Yucatán.

De igual manera, la presencia teotihuacana en Cholula, evidente en la arquitectura y en la cerámica, se debió a la ubicación estratégica de esta ciudad como entrada de los valles interaltiplánicos, con las costas tanto del Golfo de México como del Pacífico. Lo mismo aplica en su relación con la región costeña, mediante formaciones totonacas como el Tajín, ubicada en el Golfo de México, que incluían ecosistemas de costa, manglar, selva, valle intermontano y sierra, con sus respectivos recursos.

Como formación de Estado con pretensiones imperiales, Teotihuacán se vincula de distintos modos con otras regiones o formaciones sociales de Mesoamérica: desde alianzas políticas y relaciones de intercam-

bio, hasta la fundación de colonias. Esto le permitía el acceso a materias primas como obsidiana, hematita, cinabrio, malaquita, conchas, caracoles, plumas y pieles, para el trabajo especializado de sus barrios; así como cacao, miel y copal para el consumo de sus jefes, tal cual se observa en los murales de Tetitla. En general, la pintura de Techinantitla es una expresión alegórica del carácter tributario de su Estado.

Otra área que tuvo una gran importancia en la formación social teotihuacana fue la maya, que producía recursos que no se localizan en la cuenca de México. Por ello, como parte de una política de expansión, sabemos que entre 300 y 350 d.C. un grupo de inmigrantes teotihuacanos llegó a Kaminal Juyú, la llamada "acrópolis Palangana", donde aún es evidente la influencia teotihuacana en el trazo urbano y en el estilo arquitectónico, y donde se han localizado vajillas que responden a la tradición alimentaria y doméstica teotihuacana. Estos hallazgos reflejan la política de colonización e incluso de expansión militar del Estado teotihuacano dirigida a adquirir el control mercantil



Vasija teotihuacana con epigrafía totonaca del barrio de comerciantes

a gran escala de los territorios cercanos, pues Kaminal Juyú tenía cerca las minas de obsidiana de El Chayal y a las rutas de la cuenca del Motagua, proveedora de jade. Es decir, era una política dirigida a la apropiación de recursos y productos, relevantes tanto para la producción como para la legitimación de las elites.

En Tikal, las representaciones de guerreros ataviados con armas y símbolos teotihuacanos, asociados con Quetzalcóatl y Tláloc, han sido interpretadas como una referencia a posibles mercenarios teotihuacanos en la ciudad. Sin embargo, el complejo de edificios de estilo teotihuacano que hay en el centro de Tikal no sólo denota la presencia de Teotihuacán, sino también su injerencia política, no como barrio étnico, sino como subsede del poder político.

La política exterior del Estado teotihuacano se asociaba con linajes o cargos estamentarios de jefes de consejos –tal vez militares adscritos a Quetzalcóatl– o de los guerreros a cargo de los tributos, como casta gobernante. Esto se aprecia en el mural de Tetitla, en el personaje que representa, más que a una deidad, a un guerrero que controla la producción artesanal, tal vez como prerrogativa asociada con la conquista de un territorio, posiblemente Xochicalco, como lo sugiere Linda Manzanilla.

Xochicalco era una ruta comercial hacia el área maya e incluso es posible que ésta misma fuera un enclave maya en el Altiplano central, imbuido del culto a Quetzalcóatl como numen del linaje de sus gobernantes o dirigentes.

Ahora bien, la presencia del culto a Quetzalcóatl en Teotihuacán afectó la situación política y social de esta ciudad, ya que expresaba contradicciones sociales en-

tre los grupos en el poder. Esto se ve en el mural de los animales fantásticos, que representa un enfrentamiento entre serpientes emplumadas, por un lado, y felinos y aves por el otro; el enfrentamiento entre Tláloc y Quetzalcóatl a través de sus nahuales, que a su vez refleja el enfrentamiento de grupos políticos, pues el culto a esas distintas deidades implica distintas políticas económicas de Estado. Este choque condujo a que el templo fuera parcialmente destruido y sustituido por otro, identificado con Tláloc.

La pluralidad étnica de los barrios de Teotihuacán sugiere que el Estado teotihuacano tuvo empresas de expansión y mercado en el occidente de México, en particular en Michoacán, donde se han localizado objetos de cerámica y obsidiana, así como construcciones de estilo teotihuacano, además de evidencia de barrios michoacanos en Teotihuacán, los cuales, al igual que los de grupos étnicos de filiación zapoteca, totonaca y maya, presentan tradiciones funerarias y domésticas diferentes al resto de la población teotihuacana. Esta composición social multiétnica se traducía en una diversificación de las fuerzas productivas, con base en el papel de la etnicidad en la división del trabajo.

Siguiendo esa dinámica del Estado teotihuacano es posible trazar una ruta más occidental, hasta el Iztepetl, en el actual Jalisco. Aunque se conoce poco de la influencia teotihuacana en ese sitio, hay un edificio con un diseño teotihuacano de talud y tablero. Este estilo, que aparece también en Tikal, Copán, Kaminal Juyú, Cholula y Tinganbato, parece vincular estos sitios como centros política o económicamente ligados con el Estado teotihuacano, con cuya desaparición estos mismos pierden importancia.

Esta presencia teotihuacana en el Occidente indica probables rutas alternativas hacia el norte, con las regiones del Bajío en Guanajuato y Querétaro y hacia las áreas de minas, situación que es más detectable en el Epiclásico, en relación con el mercado del *Spondylus*, de la turquesa, de la plumaria, del metal y de otros recursos mineros que se transformaban en objetos de uso suntuario o de prestigio para la elite.

En cuanto al control de vías de acceso a recursos, el Altiplano poblano-tlaxcalteca adquirió un papel de enclave al mediar entre las costas del Golfo y del Pacífico. Por ello Cholula adquirió importancia estratégica como centro de mercado e intercambio. Así, por ejemplo, los pigmentos empleados en los murales *pic* de Teotihuacán, que definen las diferentes instituciones del Estado, son de origen mineral y se ex-

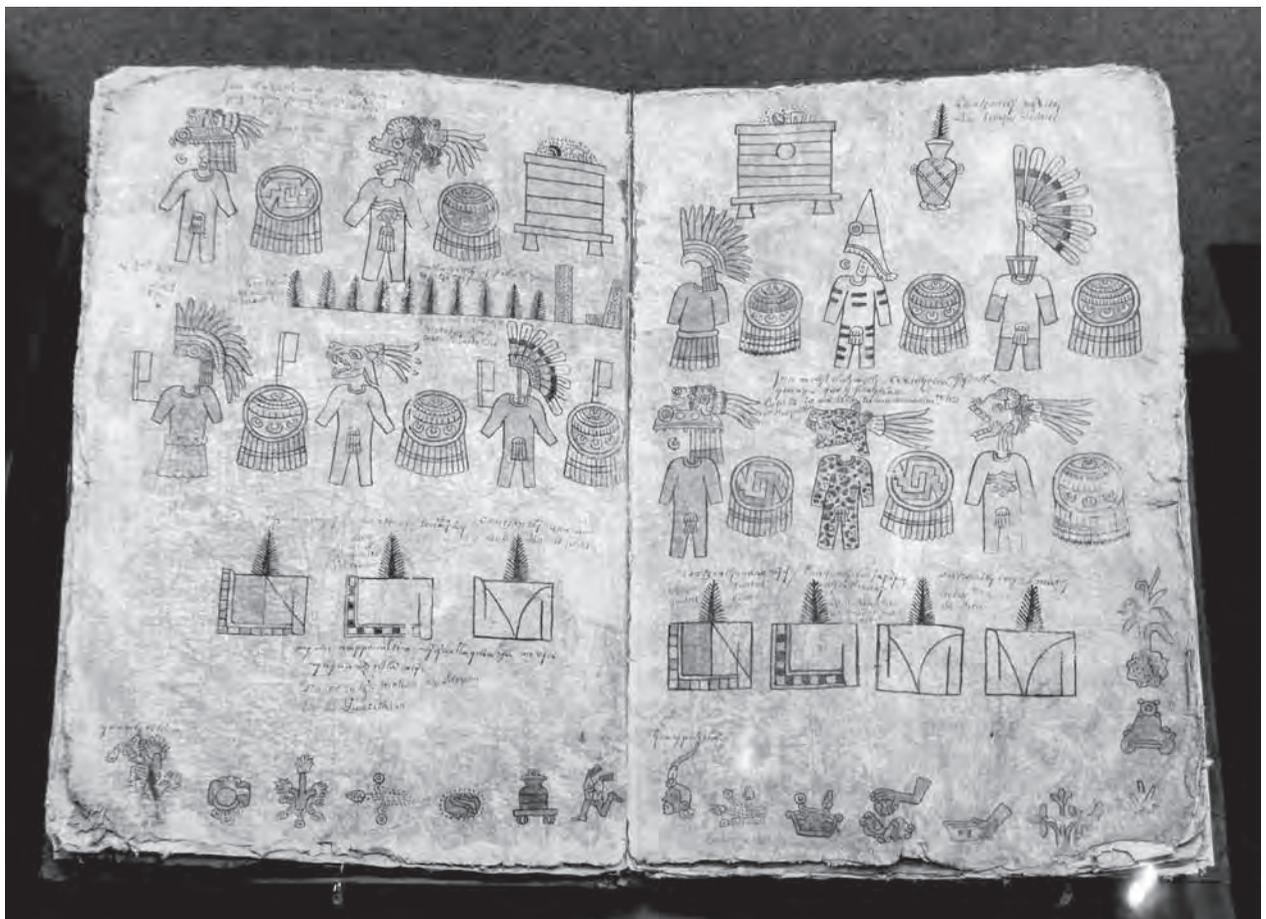


Lámina en papel amate de la matrícula de tributo del Cemanáhuac

traían de yacimientos ubicados en Guerrero, Puebla, Oaxaca, Chiapas y la región del Motagua, en la actual Guatemala.

Por su parte, los barrios de Teotihuacán donde se han encontrado tumbas y cerámica zapotecas estaban relacionados con la producción de la cal, mica y cerámica naranja, materiales que provenían de la región oaxaqueña, o bien de las regiones que la conectaban con Teotihuacán.

También debemos considerar la influencia cultural que significó la presencia de diversas etnias en Teotihuacán, así como los conocimientos desarrollados por los zapotecas en escritura y cómputo aplicados en la cronología calendárica, que se incorporaron a la escultura y pintura teotihuacanas, así como el uso de cerámica zapoteca en la vida doméstica o en las costumbres funerarias.

Al igual que los zapotecas, los totonacas reproducían sus tradiciones étnicas en sus unidades de producción artesanal, como en el caso de la sastrería en el centro de barrio de Oztoyohualco o la representación de elementos marinos, como las grecas, que se identifican con Quetzalcóatl, y ciertas fórmulas sociales li-

gadas con el militarismo y el comercio, que la sociedad teotihuacana absorbió.

Esto no sólo se traduce como expresión del nivel alcanzado en sus fuerzas productivas, sino también como expresión de relaciones sociales de producción donde lo étnico debió adquirir un valor social, si bien insertado en relaciones políticas del Cemanáhuac, el espacio controlado por el Estado teotihuacano.

Ese sentido cosmopolita de identidad multiétnica se reflejaba en la organización de los sectores sociales o barrios de la ciudad y en los estamentos que expresaban la división del trabajo, pero además era posible que alguno de ellos predominara políticamente sobre los demás, como fue el caso, según creemos, del nahua, que dominaba sobre el otomí, el zapoteca y el purembe de Michoacán. Sin embargo, en otros aspectos la identidad étnica totonaca sobresalió social y políticamente por medio del culto a Quetzalcóatl, que incluso determinaba la política económica del Estado. Esto debió modificar las fórmulas económicas de esa formación estatal, al producir contradicciones que implicaron la sectorización de los barrios y, probablemente, conflictos sociales y militares entre ellos,

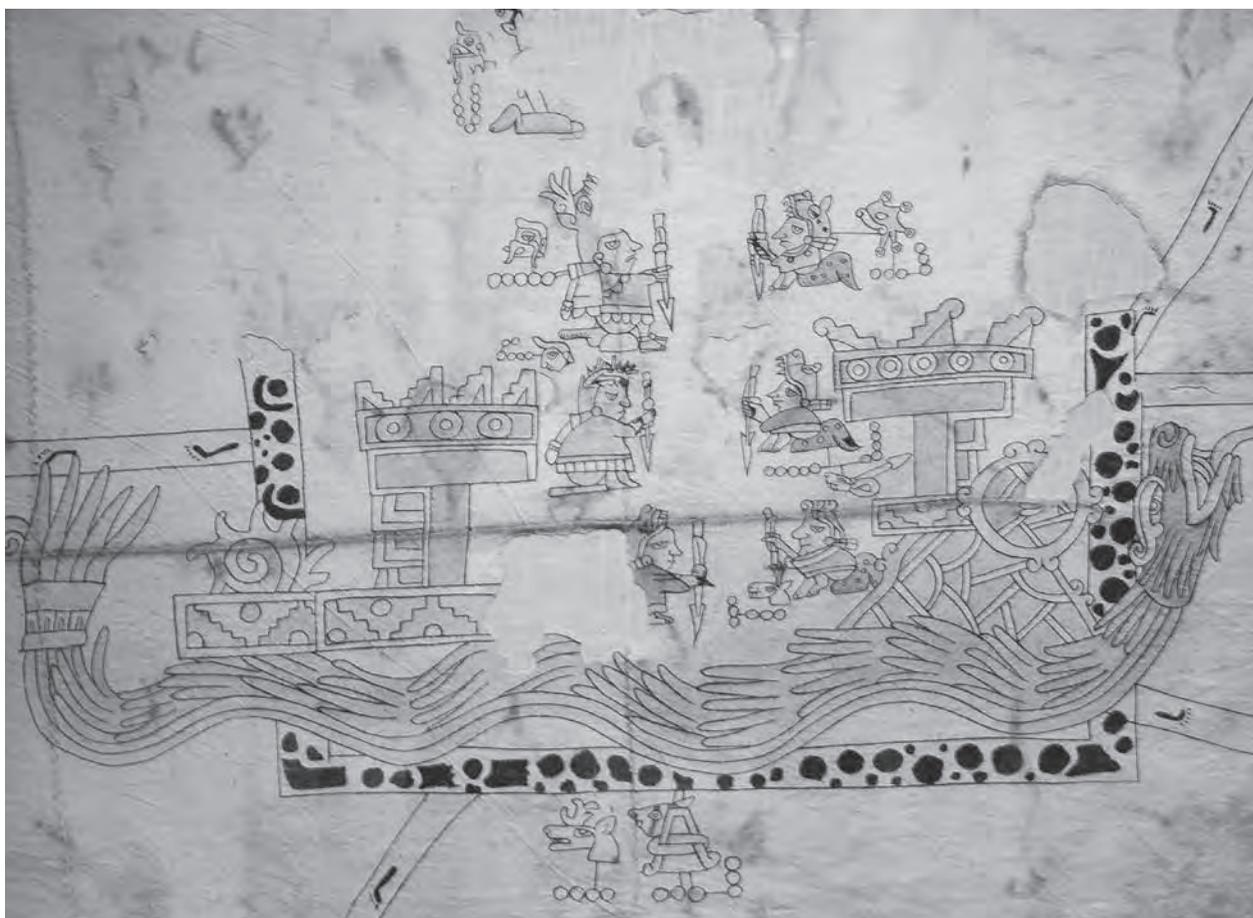


Lámina del *Lienzo de Coixtlahuaca* sobre alianzas y conquistas entre senderos

los cuales llevaron a la destrucción y el abandono de la ciudad y a su disolución como Estado.

Al parecer, la necesidad de ese Estado de controlar regiones con recursos o materias primas de regiones étnicas distintivas condujo a la retroalimentación de talleres de los barrios de artesanos que conformaban la ciudad, situación que requería de la intervención estatal para el acceso a esos recursos, con lo que se dio lugar al papel del tributo en el modo de producción americano. De esta forma se obtendría un mapa de caminos, rutas o vías de enlace entre diferentes etnias y formaciones sociales de Mesoamérica y de expansión del Estado del Altiplano mesoamericano, Teotihuacán, que abarcaban desde el océano Pacífico hasta el Atlántico, como expresión de un territorio político o Cemanáhuac

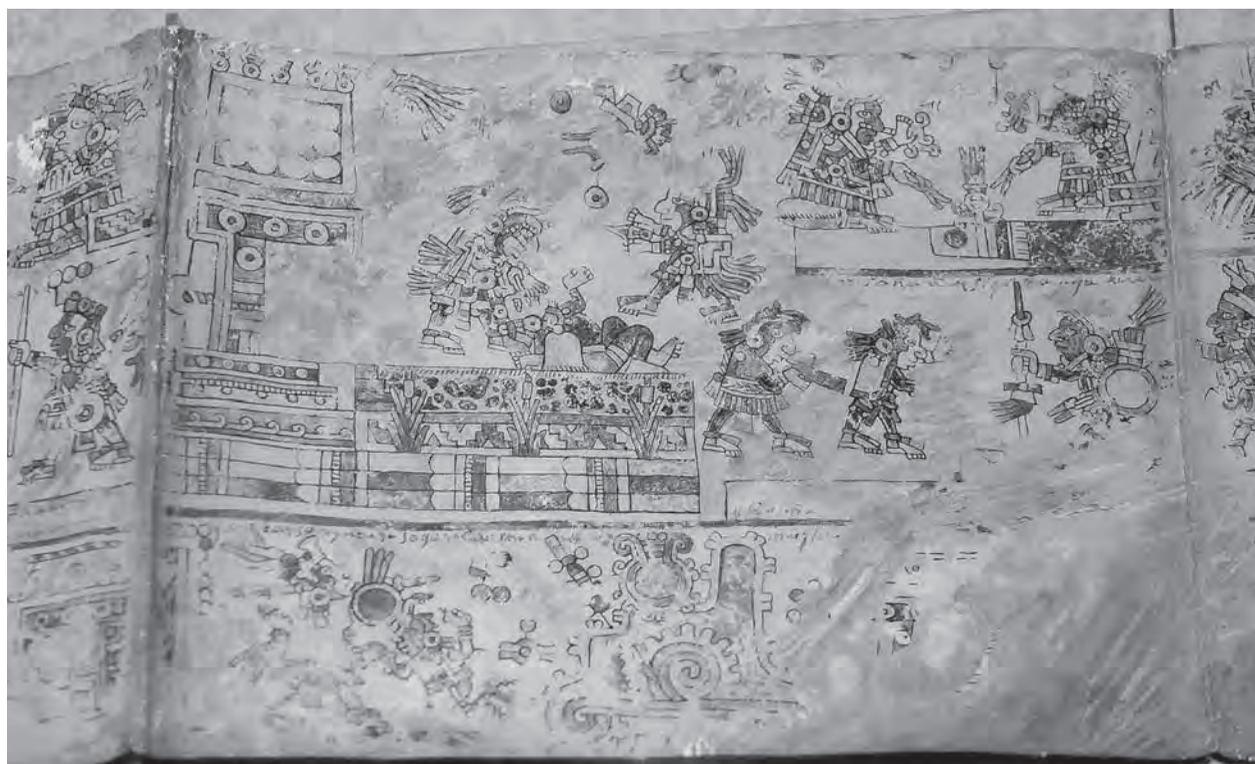
La sociedad teotihuacana se dividía en clases sociales identificadas por su identidad étnica-estamentaria, pues a cada etnia en particular dentro de la ciudad-Estado teotihuacano le correspondía una actividad específica y, en consecuencia, una clase social.

Se puede decir que Teotihuacán requería controlar a las diversas formaciones sociales para, a su vez, con-

trolar sus recursos y técnicas. Tal vez a esto se debiera la expansión y colonización de las áreas zapoteca, totonaca, maya y purembe, así como su inclusión en forma de barrios en la composición urbana de la ciudad, lo cual le permitió diversificar sus fuerzas productivas y complicó sus relaciones sociales. Para sostener su existencia, cada etnia se veía obligada a establecer relaciones de mercado con sus áreas de origen, o con otras áreas donde se localizaban los recursos o productos que requería para su sostenimiento, lo cual implicaba adjudicar una mayor importancia al estamento militar para el control de las rutas de acceso a esas áreas y la colonización de otras de identidad agrícola para el sostenimiento de su población dentro de un régimen tributario.

Probablemente esto terminó por romper el equilibrio entre producción y población, y condujo a las rebeliones sociales que se denuncian en la leyenda del Quinto Sol.

El abandono de Teotihuacán creó un vacío y una competencia entre otras formaciones estatales por el control de esas rutas. Esto dio lugar a confederaciones, de donde surgió un nuevo eje central, Tula, cuyas



Lamina del *Códice Colombino* alusiva al reconocimiento de Ocho Venado como *tlahtoani* en Tula

redes de intercambio llegaron a abarcar desde la Gran Chichimeca hasta Centroamérica.

Así pues, si bien en un primer momento los caminos integraron a las formaciones étnicas y sociales mesoamericanas, al ampliar su capacidad productiva y complicar sus relaciones sociales mediante unidades étnicas y lingüísticas diferenciadas, su inclusión también introdujo en la ciudad de Teotihuacán una dinámica de asimetrías y contradicciones sociales y políticas que alteró su política económica o sus fórmulas de poder.

Los caminos de la sierra y del desierto: la región septentrional de Mesoamérica

En la medida que se desarrollaban mejores técnicas agrícolas para cultivar en zonas semidesérticas –diversificando y aumentando la producción–, se desarrolló también la producción de artículos de valor simbólico, tanto jerárquico como ritual, como las guacamayas, que se consideraban representantes del Sol. Éstas, así como la turquesa, la sal, la obsidiana, la malaquita y la hematita, constituían la base de relaciones de intercambio en un mercado a larga distancia que, bajando por los desiertos y siguiendo las cordilleras, atravesaba diferentes altiplanos hasta llegar a Tula y de ahí hacia Oaxaca y las costas del Pa-

cífico, o bien por la costa del Golfo para llegar incluso hasta América Central.

Así, sabemos que desde La Quemada salían más de 40 caminos hacia los cuatro rumbos del universo americano, articulando sociedades del actual Estados Unidos, como los mogollón y los anazasi con Mapimí; es decir, áreas de culturales ubicadas fuera del territorio mesoamericano pero también producto del modo de producción americano, con su propia identidad cultural y étnica pero integradas a las redes de mercado del resto de Mesoamérica. Así, en Tula se reprodujeron instancias surgidas de estas tradiciones, como columnas serpentiformes, esculturas de guerreros recostados que transportaban a los dioses las ofrendas depositadas en las vasijas que portaban sobre el vientre, además de salas hipóstilas que servían como base para consejos de guerras integrados por diferentes estamentos de guerreros, sacerdotes, comerciantes, campesinos, entre otros; éstos representaban y articulaban en la conformación de un ejército a diferentes etnias y regiones a base de confederaciones que ampliaban sus fuerzas y los contingentes militares. El objetivo era expandirse y controlar un área más allá de sus confines como parte de un complejo sistema político de confederaciones que integraban un territorio diverso y extenso a manera de un imperio, según detectó Paul Kirchhoff.



Figura de mono de oro elaborada en cera perdida, localizada en el cenote sagrado de Chichén Itzá, procedente de Colombia y Panamá

De todos los grupos étnicos incorporados a la formación imperial tolteca, el chichimeca tenía una significación especial. Organizados en grupos tribales de cazadores-recolectores, los chichimecas contaban con el modo de producción característico de la llamada “sociedad primitiva”. Sin embargo, sus características físicas y sus instrumentos militares los hicieron importantes para las empresas de conquista y dominación de otras áreas. Así, el modo de producción de la sociedad primitiva –de identidad universal– y el modo de producción americano –de identidad específica– se articularon, afectando el proceso de evolución del segundo no sólo en cuanto a sus relaciones sociales de producción, sino también al ampliar las fórmulas de uso de los recursos vegetales y minerales de la sierra, del desierto y de la costa, diversificando aún más el uso de la naturaleza, lo cual repercutió en sus hábitos alimenticios, curativos y rituales, así como en su cosmogonía y en sus fórmulas religiosas.

Durante el Posclásico temprano (900-1200 d.C.) Tula, patria de Quetzalcóatl, se convirtió en la capital del Cemanáhuac, con lo que impuso sus fórmulas políticas territoriales y pasó a ser la sede mítica de los señoríos en formación. Así, como lo registró Alfonso Caso, el señor Ocho Venado de Tilantongo debía recurrir a esa ciudad para que le pusieran la nariguera de tlatoni y pudiera gobernar el territorio conquistado, con la venia de Quetzalcóatl, que a su vez se convirtió en el dios regente de los cuatro puntos del universo. Ocho Venado conquistó también regiones desde el Pacífico hasta



Hachas de metal (cobre y bronce) de tradición sudamericana localizadas en la mixteca

el Golfo, por lo que el código colombino lo representa conquistando el mar no como recurso, sino como territorio clave en la obtención de productos de otras regiones más al sur.

Los toltecas de Tula marcaron una fase de transición en la evolución del modo de producción americano en Mesoamérica.

Caminos en el mar o mercados interoceánicos: la zona maya

El área maya abarcó varios ecosistemas –costas, sierra y selva–, con lo cual diversificaba sus recursos. Sin embargo, tanto las selvas baja y alta como la península –a la que Landa llamó “la tierra de menos tierra”– son de difícil explotación y requerían de un conocimiento preciso de ciclos agrícolas; esto implicó un sistema de cómputo y registro astronómico, además de un sistema de escritura que evolucionó hacia fórmulas fonéticas y silábicas.

De este modo se desarrollaron varias formaciones sociales de identidad urbana y estatal. Como resultado de la disolución de los clanes cónicos, los linajes de



Figuras de tumbaga, oro y cobre de estilo Nicoya localizadas en el cenote de Chichén Itzá

esas formaciones conservaron un papel determinante en su desarrollo. Ahí la administración de los recursos y el trabajo adquirió un sentido primordial, sobre todo si formaba parte del tributo de las comunidades en reconocimiento de su representación como unidad suprema, como señala Samuel Villela.

Como excedente apropiado, el tributo fue la base de una acumulación de mercancías que utilizaban los *batab* o *halach Huinik* en relaciones de Estado. También controlaban áreas productivas como los cacahuatales y las salinas, de donde obtenían medios de producción mediante el tributo en trabajo para el intercambio a larga distancia. Así, el tributo no sólo sostenía a los grupos o linajes dominantes, sino que también, como excedente apropiado, era la base de fórmulas de mercado e intercambio que ampliaban su acumulación o riqueza y hacía mercaderes de los *halach huinic* mayas.

Llama la atención la gran capacidad productiva de la región de la selva alta en el Petén-Itzá. Por ejemplo, en el caso de los itzáes, para el momento del contacto las fuentes mencionan el cultivo del maíz, frijol, calabaza, chayote, algodón, tabaco, achiote, yuca, jícama, camote y piña, así como añil, grana y palo de Campeche, utilizados para la elaboración de tejidos, mantas y ropa que, junto con los granos de cacao y las cuentas coloradas de caracol, se utilizaban para el trueque.

Entre los lugares de mercadeo que conocemos sobresalen los de Cobá, una formación social que existió entre 400 y 800 d.C. y de la cual sabemos que llegó a tener una extensión de por lo menos 70 kilómetros cuadrados, es decir, más extensa que Teotihuacán. Sin embargo, era menos compacta y estaba rodeada de cinco lagos, probablemente artificiales, alrededor de los cuales se integraba la población en una serie de grupos.

También se utilizaban los grandes ríos y sus afluentes como vías de comunicación entre las costas y hacia la selva e incluso hasta el Petén. Éste era el caso de Edzná, que se articulaba con los ríos a través de canales (*hacbeob*), al igual que Yaxchilán y Piedras Negras, en Chiapas, y Copán, en Honduras, entre otros. Otros más se ubicaban cerca de los ríos o de lagos, entre ellos Tikal, y otros tantos en la costa o cerca de ella, como Tulum, Isla Mujeres, por lo que se puede hablar de una simbiosis entre los recursos hidrográficos y la planificación del asentamiento de las ciudades con relaciones de intercambio y de mercado.

En ese contexto resulta interesante hacer notar que en los murales de Chichén Itzá se aprecia la llegada de conquistadores toltecas a lugares ribereños por medio de canoas que transportan guerreros. Al respecto, debemos recordar lo que registraron Cristóbal Colón y Bernal Díaz del Castillo. Se puede, pues, plantear que los mayas comerciaban fuera de las costas peninsulares y continentales, por el denominado "Mediterráneo americano", hasta las islas del Caribe.

Los *putunes* eran familias de comerciantes que llegaron a ser las más prestigiosas del sur de Mesoamérica, debido a sus conocimientos de navegación marina y a que operaban mediante una red de centros de comercio internacional de larga irradiación que llegó a extenderse desde Tabasco hasta el golfo de Honduras. Así, dentro de la economía mesoamericana se contaba con un sistema de intercambio independiente compuesto por traficantes especializados, que articulaban esas formaciones sociales en relaciones de trueque. En el caso maya esto implicaba naos con remo y velamen para el tráfico a larga distancia.



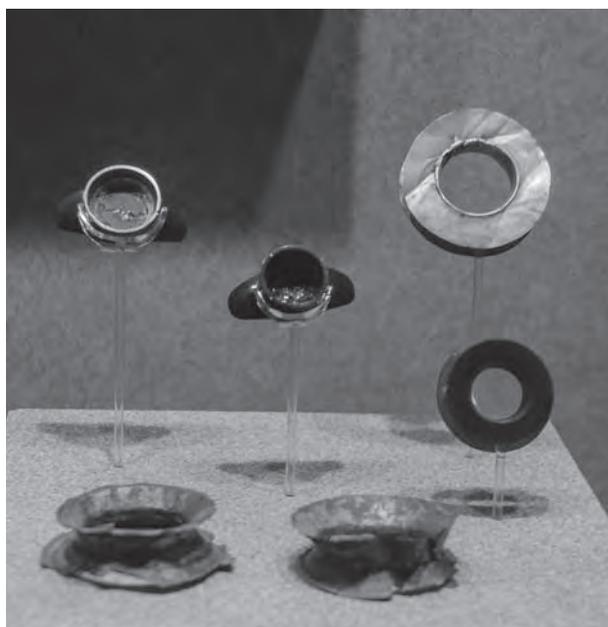
Gráfica de rutas de mercado e intercambio del norte y occidente de Mesoamérica con Tula

Otra instancia necesaria para navegar en las costas llenas de arrecifes eran los faros, que la arqueología marítima ha detectado en los edificios de Tulum y de los que también sabemos que existían en las islas de Cozumel y de Isla Mujeres. Al parecer, los navegantes mayas se aventuraron hasta Colombia, en Sudamérica, como sugieren las figurillas mayas que se han encontrado en Jaina, en el Departamento de Antioquía.

También debemos reconocer el conocimiento que estas sociedades tenían del comportamiento de los astros para definir, por ejemplo, con base en el ciclo lunar, las recurrencias de las mareas bajas o altas y los regímenes de la pesca, y sobre el papel del movimiento de ciertos astros como Venus, para implementar la orientación de los barcos en sus rutas de navega-

ción y, obviamente, la existencia de estas rutas para realizar viajes de navegación marítima hacia la región huasteca por el norte, y por el sur hasta Honduras y Panamá.

Así se estableció una situación muy compleja con base en un sitio de intercambio que implica concentración de mercancías, mercaderes especializados, barrios de producción artesanal y puertos de intercambio de mercancías, además de una red de lugares con mercados que seguían un calendario festivo relacionado con el ciclo de cosechas y destacamentos militares para la protección de las rutas y las caravanas de mercaderes. Todo esto tenía lugar a lo largo de rutas y caminos que requerían de lugares de paso y resguardo, postas y un grupo militar para su protección, que a ve-



Bezotes y orejeras de obsidiana y oro con técnicas mesoamericanas y sudamericanas

ces era costeado por los mismos comerciantes, los cuales incluso se atrevían a tomar militarmente los lugares donde se almacenaban las mercancías. Todo ello implicaba también diferencias de rango y estamento entre los comerciantes, quienes cumplían funciones particulares.

La guerra y el comercio: la formación social mexicana

La importancia que los mayas dieron al mercado para complementar su economía la reprodujeron los mexicas, tal vez porque el ecosistema de la laguna salobre de Texcoco no les permitía una agricultura intensiva y necesitaban vender o intercambiar los recursos lacustres de este ecosistema de pantano. Tal situación se agudizó en el siglo xv y quedó rebasada por el poblado de Tlatelolco, con su ubicación estratégica en las orillas de la laguna, lo cual le permitió servir de enlace con grupos otomíes al norte, matlatzincas al oeste e incluso los nahuas al sur de la cuenca. Esto no sólo permitió la reproducción del trabajo especializado de producción artesanal con valor de mercado, sino también el desarrollo de empresas de intercambio y de un mercado que implicaba un manejo múltiple y ampliado de la producción de diversos ecosistemas, con productos minerales, vegetales, animales e incluso humanos.

Otro aspecto importante, sobre todo con los mexicas, fue la especialización guerrera o militar, producto de su propia historia de migraciones y rechazos políticos y étnicos. Este aspecto guerrero, que los hizo célebres, los llevó a ser utilizados como mercenarios por

los toltecas, los culhuas y los tepanecas para su expansión como Estados. Aprovechando su ubicación al borde de los lagos, los mexicas utilizaron intensamente el desplazamiento de sus tropas en canoas como arma de ataque sorpresa, como ocurrió en la conquista de Culhuacán, Zumpango, Texcoco y Azcapotzalco, así como en la defensa de Tenochtitlán contra la coalición de pueblos que se unieron a la empresa hispana en la destrucción de esa ciudad y la disolución del Cemanáhuac.

Esta situación se amplió no sólo en cuanto a las rutas de acceso a Tenochtitlán (las calzadas que partían hacia los cuatro puntos cardinales), sino también respecto a los caminos paralelos de canales o "acalotes", que servían como ejes de acceso a los caminos de agua menores o "apanacle", distribuidos en toda la chinampiería y articulándola mediante una red de caminos lacustres, como si se tratara de calzadas y calles de tierra.

A través de calzadas de tierra y agua la ciudad de México-Tenochtitlán se vinculaba con las formaciones sociales del sur, como Chalco, Xochimilco y los demás pueblos chinamperos de alta producción agrícola, que a su vez eran centros de enlace con las regiones de Morelos, Puebla, Guerrero o la Mixteca, y que se contactaba con regiones más lejanas. Así, esa red de calzadas de agua no sólo funcionaba para intercomunicar a los pueblos de la cuenca con Tenochtitlán, sino también para enlazarse con las rutas terrestres de los que provenían diversas mercancías que se intercambiaban y vendían en el mercado de Tlatelolco.

Los mexicas no sólo utilizaban los tributos que llegaban a Tenochtitlán desde múltiples procedencias, sino también como materia prima para retroalimentar el trabajo y la producción especializada de sus barrios, donde se producían objetos de acuerdo con normas dictadas por el Estado, que integraban o controlaban las fórmulas de trabajo, producción, tributo y mercado. De alguna manera se repite con esto el esquema que se presentaba ya en Teotihuacán —así como en Culhuacán y otros lugares, como lo demuestra el *Códice Xólotl*—, con barrios de grupos humanos múltiples. Según Kirchhoff, se trataba de una estrategia de las formaciones sociales mesoamericanas, que integraban al mayor número posible de barrios étnicos, con sus diferentes tipos de trabajo especializado, para ampliar sus fuerzas productivas y complicar sus relaciones sociales de producción

Otra variante de este modelo fue la situación del estado purépecha de Tzintzuntzan, donde no se trataba de barrios urbanos sino de una serie de aldeas situadas al borde de los lagos. En función de sus respectivos ecosis-

temas, cada una se especializaba en un tipo de trabajo dentro de un sistema de control administrativo tributario, con lo que se diversificaban sus fuerzas productivas. En el caso de Texcoco, cabecera del Acolhuacan, coexistían ambos esquemas: barrios étnicos especializados y aldeas que ocupaban diversos ecosistemas.

El Estado controlaba en buena medida las relaciones de trueque y compra-venta; es decir, el modo en que se distribuía la producción entre la población, contribuyendo a estabilizar las relaciones sociales de producción con el control de la circulación de mercancías. También en otras formaciones sociales, relacionadas por medio de rutas y caminos, el mercado era una institución de Estado. Tal relación implicaba convenios entre los Estados, o al menos entre los mercaderes o *pochtecas*.

Aunque los *pochtecas* gozaban de privilegios, como mantener sus propios ejércitos, estaban insertos en las relaciones sociales de producción del Estado mexicana y se asentaban en calles dentro de *calpulli* o su equivalente en poblaciones. No poseían tierras comunales ni cedidas entre ellas por el Estado, y por lo tanto no pagaban tributo en trabajo, pero sí aportaban materia prima o recursos a manera de tributo y como muestra de su reconocimiento a la estructura de poder, de la que, por cierto, a veces formaban parte. Sabemos que los comerciantes del actual estado de Morelos recorrían los barrios de los altépetl del Acolhuacan y dejaban algo, que las mujeres transformaban en mantas. De éstas, una parte la recolectaban los *pochtecas*, pero el resto lo conservaban las mujeres de esos barrios como mercancías o excedentes, para intercambiarlas por otros productos y reproducir así una economía de mercado.

Todo ese sistema de relaciones políticas y económicas del Estado mexicana, apoyado en empresas de intercambio de productos a larga distancia realizadas por los *pochtecas*, no sólo requería de caminos y rutas preestablecidas, así como de instalaciones de almacenamiento y lugares de descanso de las caravanas, sino también de un control militar que vigilara sus trayectos. Había, sin embargo, otras rutas que no controlaba el Estado mexicana, como las utilizadas por los acolhuas o los tepanecas, quienes mantenían una red alternativa de acceso a los recursos, correspondiente a relaciones grupales y de parentesco diferentes.

Así, el mercado no era una adscripción del Estado mexicana, sino del conjunto de las formaciones mesoamericanas que se entrelazaban e integraban, más que por los caminos, por las fórmulas de organización de mercado e intercambio desarrolladas por los *pochtecas*.



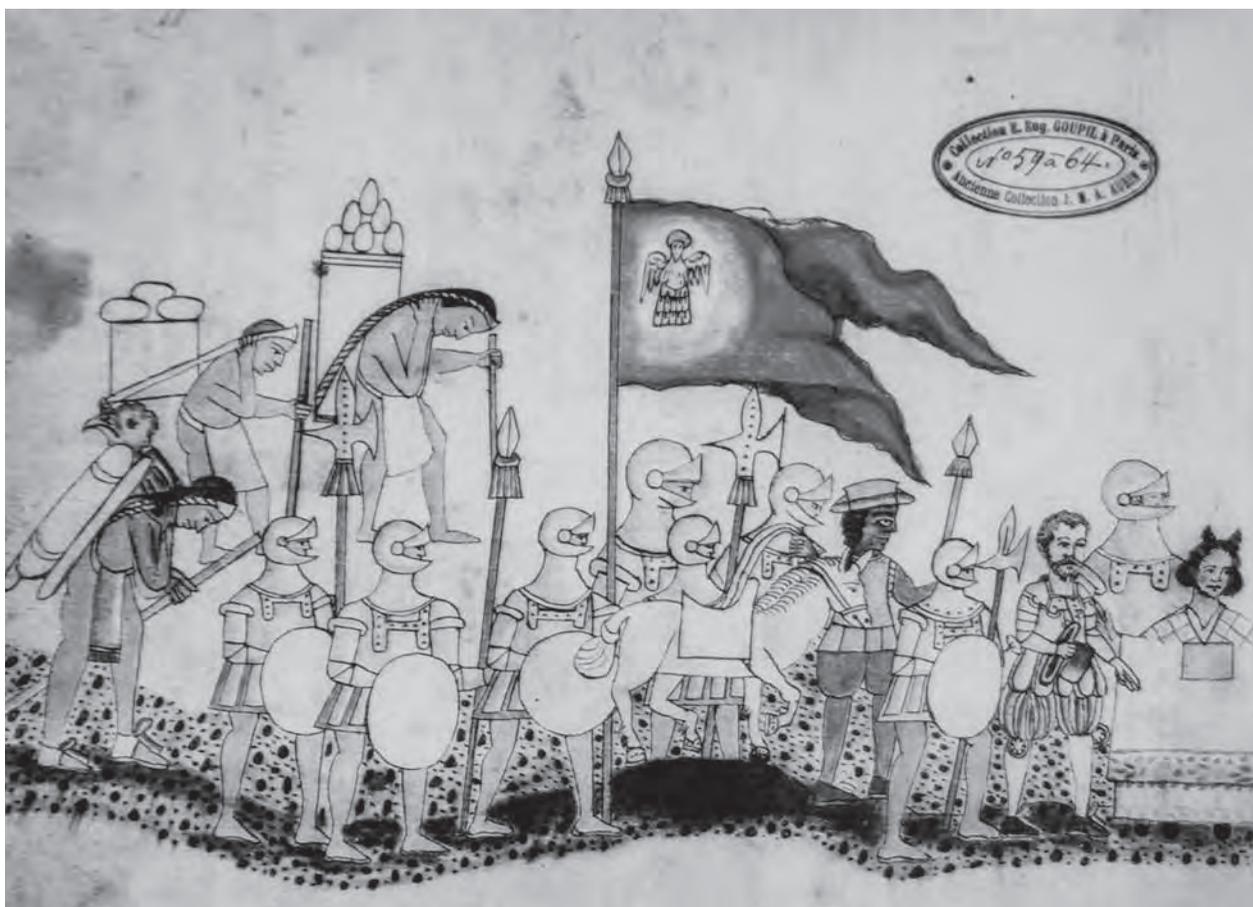
Depilador de plata de estilo suramericano localizado en Tzintzuntzan, Michoacán

Rutas transoceánicas

Otras rutas alternativas eran las que surcaban los océanos Pacífico y Atlántico, así como los ríos que desembocaban en ellos. Por ejemplo, en el *Código Jucutacuato* se relata el viaje de un grupo identificado como nonohualca hacia la costa del Chalchicueyecan (Veracruz), por el Golfo. Wigberto Jiménez Moreno consideraba que se trató de un grupo de inmigrantes nonohualca llegados al Golfo de México por la vía marítima, dentro de las rutas de navegación que existían entre Mesoamérica, América Central y el área andina. Éstas seguían rutas establecidas como la de Zacatula, que ya vinculaban Perú, Ecuador y Colombia, por el sur, con Michoacán, Colima, Jalisco y Nayarit en el norte.

Es decir, se trataba de un conjunto de instancias que no podemos analizar como rasgos compartidos, indicativos de un tráfico frecuente entre esas regiones, sino como expresión de un área cultural que implicaba tradiciones comunes asociadas con fórmulas económicas, sociales, políticas o cosmogónicas, en términos de desarrollo y también de identidad étnica, lo cual las unió en sus procesos evolutivos.

Estos aspectos no sólo señalan la asociación de esas regiones en términos de viajes de intercambio de mercado por rutas o corrientes marinas interoceánicas, sino también del traslado de población que introdujo o continuó sus tradiciones culturales al integrarlas en la historia común del modo de producción americano.

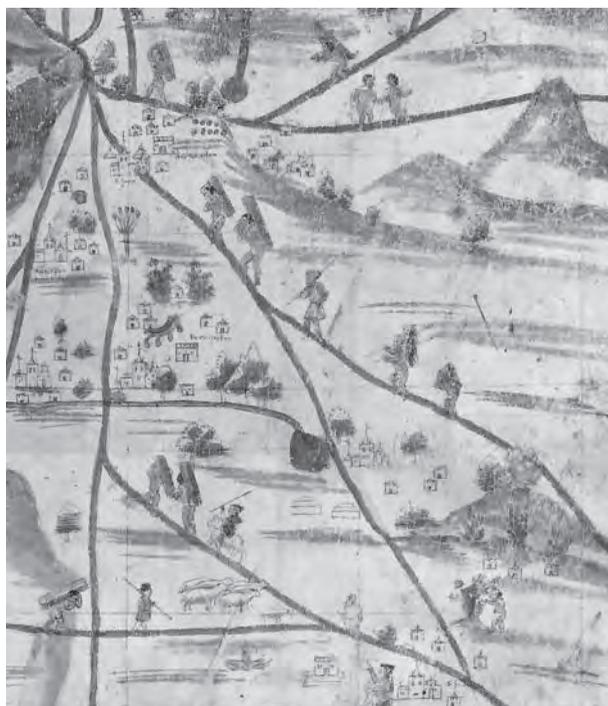


Lamina del códice referente a la ruta de Cortés hacia Tenochtitlán

Bibliografía sugerida por Eduardo Corona

- Abascal, Rafael y Patricia Dávila, "La arqueología al suroeste de Tlaxcala", *Comunicaciones*, núm. 11, pp. 13-23, 1976.
- Arellano Hernández, Alfonso, "Una ciudad y un área: Teotihuacán y los mayas", en *Arquitectura y urbanismo, pasado y presente de los espacios en Teotihuacán*, México, INAH, 2005.
- Atolini Lecón, Amalia, "Intercambio y caminos en el mundo prehispánico", en Janet Long Towell y Amalia Atolini Lecón (coords.), *Caminos y mercados de México*, México, UNAM/INAH, 2010.
- Benz, Bruce, "Diversidad y distribución del maíz mexicano", *Arqueología Mexicana*, vol. 5, núm. 25, 1997.
- Berdan, Frances, "Tres formas de intercambio en la economía azteca", en Pedro Carrasco y Johana Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Nueva Imagen, 1978.
- Broda, Johanna, "La expansión imperial mexicana y los sacrificios en el Templo Mayor", en *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH-SEP, 1984.
- Cabrera Castro, Rubén, "La secuencia constructiva del edificio de los animales mitológicos", en *Homenaje a Román Piña Chan*, México, UNAM, 1985.
- ____ y Oralia Cabrera, "El proyecto templo de Quetzalcóatl", *Arqueología. Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH*, núm. 6, 1991.

- Cabrera Cortés, Oralia, "Lapidaria", en *Teotihuacán: la ciudad de los dioses*, México, INAH, 2009.
- Carneiro, Roberto L., "Reflexiones adicionales sobre la concentración de recursos y su papel en el surgimiento del Estado", en *Coloquio V. Gordon Childe*, México, UNAM, 1988.
- Carrasco, Pedro, "La sociedad mexicana antes de la conquista", en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, t. I, pp. 167-288.
- ____, *Estructura político-territorial del imperio tenochca*, México, FCE/El Colegio de México, 1996.
- ____ y Johana Broda, *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, Centro de Estudios Superiores-INAH/Nueva Imagen, 1978.
- Caso, Alfonso, "¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del Tonalpohualli?", en *México antiguo*, México, t. IV, 1936-1939.
- ____, "Dioses y signos teotihuacanos", en *Teotihuacán. IX Mesa redonda*, México, SMA, 1966.
- ____, *Códice Colombino. Las glosas del Códice Colombino*, facsímil, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1966.
- ____, *Reyes y reinos de la Mixteca*, México, FCE, 1977.
- Chapman, Anne, "Puertos de intercambio en Mesoamérica prehispánica", en *El comercio en el México prehispánico*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior (Historia), 1975.
- Clark, John y Michael Blake, "El origen de la civilización en Mesoamérica: los olmeca mokaya del Soconusco en Chia-



Códice Uppsala-Tamemes en caminos hacia Tenochtitlán

- pas", en *El Preclásico o Formativo. Avance y perspectivas. Seminario de Arqueología Dr. Román Piña Chán*, México, MNA-INAH, 1987.
- Corona Sánchez, Eduardo, "El factor étnico en las relaciones sociales de producción", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 5, núm. 29, 1978, pp. 37-48.
- _____, "Sobre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas para la caracterización del Estado en Mesoamérica", *Revista Española de Antropología Americana*, núm. XVI, 1961.
- _____, "Relaciones meso-suramericanas: ¿articulación de modos de producción o evolución del modo de producción americano?", en *Cultura y navegación prehispánica*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán/Conacyt, 1999.
- _____, "Territorio y Estado en Teotihuacán. Los topónimos de Techinantitla", en María Elena Ruiz Gallut (ed.), *Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos*, México, Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán, 2002.
- _____, "La integración de áreas en el modo de producción americano", en *La etnohistoria en México*, México, INAH-SEP (Científica, Etnohistoria), 2003, pp. 291-293.
- Corona Sánchez, Eduardo y Luis Alfonso González Miranda, "La aplicabilidad de un modelo etnoarqueocsmogónico en el estudio de entierros humanos prehispánicos: el caso de Teotihuacán", México, Coloquio Juan Comas, México, MNA-INAH, 1989.
- _____, "Un modelos hipotético a partir de los informantes de Sahagún para la orientación de los entierros humanos prehispánicos de Teotihuacán", *Diario de Campo*, núm. 48, 2002.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, México, Porrúa (Sepan cuantos...), 2007.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa (Sepan cuantos...), 2007.
- Espinoza Soriano, Waldemar, *Los modos de producción en el imperio de los incas*, Lima, Amaru, 1985.
- Flanery, Kent et al., "Forming Systems and Political Growth in Ancient Oaxaca", *Science*, vol. 158, 1967.
- Foncerrada de Molina, María, "Reflexiones en torno a la pintura mural de Cacaxtla", *Comunicaciones*, núm. 15, 1979 [simposio Comunicaciones, núm. 16, 1978], pp. 149-160.
- García Cook, Ángel, "Transición del Clásico al Posclásico en Tlaxcala-fase Tenanyeca", *Cultura y Sociedad*, núm. 2, año 1, t. 1, 1974.
- García Nava, David Azael, "Culto a los ancestros en Copán: ritos funerarios y creencias sobre la muerte entre los antiguos mayas", *Vorágine*, núm. 9, 2014.
- Gómez, Arturo, "La navegación maya y los primeros contactos europeo-americanos en el Caribe", en *Cultura y navegación prehispánica*, Mérida, UAY/Conacyt, 1999.
- Gómez Chaves, Sergio y Julie Gazzola, "Los barrios foráneos en Teotihuacán", en *Teotihuacán: la ciudad de los dioses*, México, INAH, 2009.
- Jensen, Adolf Ellegard, *Mito y culto entre los pueblos primitivos*, México, FCE, 1960.
- Jiménez Moreno, Wigberto, "El enigma de los olmecas", *Cuadernos Americanos*, año 1, vol. V, septiembre-octubre de 1942, pp. 112-145.
- _____, "Historia antigua de México", notas tomadas durante el curso impartido en la ENAH.
- _____ y Delfín Quezada-Domínguez, "Contactos ultramarinos e interflujos andino-mesoamericanos", en *Cultura y navegación prehispánica*, Mérida, UAY/Conacyt, 1999.
- Kirchhoff, Paul, *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*, suplemento de la revista *Tlahtoani*, núm. 3, 1960, p. 15.
- _____, "The Principles of Clanship in Human Society", en Morton H. Fried (ed.), *Reading in Anthropology*, Nueva York, Thomas Y. Crowell, vol. 2, 1968.
- _____, "El imperio tolteca y su caída", en *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH-SEP, 1984.
- Lameirtas, Brigitte B., "El mercado y el Estado en el México prehispánico", en *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH-SEP, 1984.
- Litvak, Jaime, "El centro de México como una parte del sistema general de comunicaciones mesoamericanas", en *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH-SEP, 1984.
- Landa, fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Porrúa, 1973.
- Lumbreras, Luis Guillermo, *Arqueología de la América andina*. Lima, Milla Batres, 1982.
- _____, *Chavín: excavaciones arqueológicas*, Lima, Universidad Alas Peruanas, 2007.
- _____, "Las sociedades nucleares de Suramérica", en *Historia general de América*, vol. 4, Caracas, Presidencia de la República, 1970.

- Lowe, W. Gareth, "Algunas consideraciones sobre la presencia olmeca y maya en el Preclásico de Chiapas", en *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas*, México, MNA-INAH, 1989.
- McNeish, Richard S., *El origen de la civilización en Mesoamérica visto desde Teotihuacán*, México, INAH, 1964.
- Manzanilla, Linda, "Sistemas complejos en Mesoamérica", en *Arqueología del occidente de México*, México, Universidad de Colima/INAH, 2004.
- _____, "El surgimiento de las sociedades complejas en Mesoamérica", en *Arqueología del Occidente de México*, México, Universidad de Colima/INAH, 2004.
- _____, *Estudios arqueométricos del centro de barrio de Teopancazco en Teotihuacán*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM, 2013.
- Marcus, George, "Intercambio a larga distancia en América: el caso del *Spondylus*", *Boletín de Antropología Americana*, 1979.
- Marx, Karl, *El método en la economía política: formas anteriores a la producción capitalista*, México, Grijalbo, 1971.
- Matos, Eduardo y Florencia Muller, "La cultura teotihuacana", en *Los pueblos y señoríos teocráticos: el periodo de las ciudades urbanas*, México, Departamento de Investigaciones Históricas-INAH, 1970.
- Mendizábal, Othón y Wigberto Jiménez Moreno, *Mapa de grupos étnicos en México*, México, Unión Panamericana de Geografía y Estadística, 1950.
- Monzón Estrada, Arturo, *El calpulli en la organización social de los tenochca*, México, INI, 1983.
- Mountjoy, Joseph B., *El pantano y otros sitios del Formativo en el valle de Mazcota*, Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 2012.
- Murra, John V., *La organización económica del Estado inka*, México, Siglo XXI (América Nuestra), 1978.
- _____, *El mundo andino: población, medio ambiente y economía*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2009.
- Oliveros, Arturo, *El espacio de la muerte*, México, INAH/El Colegio de Michoacán, 2006.
- Palerm, Ángel, "Notas sobre las construcciones militares y la guerra en Mesoamérica", *Anales del INAH*, t. VIII, núm. 37, 1954-1956.
- Piña Chán, Román, *Mesoamérica. Ensayo histórico cultural. Memorias VI*, México, INAH-SEP, 1960.
- _____, *El problema de los olmecas*, México, MNA-INAH- Sección de Difusión Cultural-SEP, 1969.
- _____, *Los olmeca, la más antigua civilización de México*, Campeche, Centro de Estudios Histórico y Sociales-Universidad Autónoma del Sureste, 1981.
- _____, "Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino", en *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH-SEP, 1984.
- _____, *El lenguaje de las piedras. Glífica olmeca y zapoteca*, México, FCE, 1993.
- _____, *Xochicalco, el mítico Tamoanchan*, México, INAH-SEP, 1989.
- Quezada Domínguez, Delfín, "Mar y navegación maya prehispánica", en *Cultura y navegación prehispánica*, Mérida, UAY/Conacyt, 1999.
- Rattray, Evelyn, "Los barrios foráneos de Teotihuacán", en *Teotihuacán: nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM (Antropología, 7), 1987.
- Rattray, Evelyn C., Jaime Litvak King y Clara Díaz O., *Interacción cultural en México Central*, México, UNAM, 1981.
- Rodríguez, Carlos Armando, *Diez mil años del valle de Cauca. Una historia en construcción*, Cali, Museo Arqueológico/Universidad del Valle de Cali, 1994-1995.
- Romero, Javier, "Monte Negro, centro de interés antropológico", en *Exploraciones en Monte Negro*, México, INAH, 1992.
- Sánchez, Jesús Evaristo, *Influencia religiosa y su correspondencia pictórica entre Teotihuacán y la costa del Golfo, en la fase Tlalmimilopa (200-450 d.C.)*, México, INAH, 2000.
- Shady Solís, Ruth, *La ciudad sagrada de Caral-Supe. Símbolo cultural del Perú*, Lima, Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe/Instituto Nacional de Cultura, 2007.
- Samaniego, Román y Alberto Lorenzo, *Guía de Sechin*, Lima, Dávila, 1993.
- Swadesh, Mauricio, *Tras la huella lingüística de la prehistoria*, México, UNAM, 1960.
- Swadesh, Morris, "Estudios sobre lengua y cultura", *Acta Antropológica*, 2ª época, México, ENAH, 1980.
- Terray, Emanuel, "Clases y conciencia de clase en el reino Abroon de Gymann", en Maurice Bloch (ed.), *Análisis marxista y antropología social*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- Uriarte, María Teresa, "Pintura mural en Teotihuacán", en *Teotihuacán: la ciudad de los dioses*, México, INAH, 2009.
- Villagra, Agustín, "La pintura mural", en *El esplendor del México antiguo*, México, Centro de Investigaciones Antropológicas, 1952.
- Villela, Samuel, "Economía y modo de producción entre los mayas prehispánicos", *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 15, núm. 85, 1987, pp. 3-19.
- Winter, Marcus, "El Preclásico en Oaxaca", en *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas. Seminario de Arqueología Dr. Román Piña Chan*, México, MNA-INAH, 1989, pp.461-480.
- _____, "La arqueología de los valles centrales de Oaxaca", *Arqueología Mexicana*, vol. V, núm. 26, 1996, pp. 6-15.

